

# DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

**MENOS POLITICA Y RELIGION.**

Sale todos los dias, excepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

## ¡QUE PELIGRO!

### ANECDOTA.

#### (CONCLUSION.)

No pude menos de darle fé. ¡Cuánto atormenta á un padre el creer que sus hijos son culpables! Mi rostro manifestaba el estado de mi alma, el que procuré disimular cuando mis hijos, segun tenian de costumbre, vinieron á abrazarme despues de haberse levantado por la mañana. Advirtieron mi sobresalto y la agitacion en que me hablaba, y habiéndoles pedido cuenta de algunos doblones que les habia dado, me respondieron temblando. Habiendo estrañado que nada hubiesen gastado, les dije siempre con el mismo sobresalto, que sin duda tenian otro dinero; pusiéronse encarnados, y solo pudieron responderme con sus lágrimas. Ya no dudé que fuesen reos, y les despedí diciéndoles que se dispusiesen pa-

ra marchar.

Mi amigo de colegio, sorprendido de esta sentencia precipitada, y mucho mas aun de que yo no le contestaba, me hizo todos los cargos que le inspiraba y á que le autorizaba la amistad; pero viendo que yo no respondia á estas señales de una verdadera inclinacion, me suplicó que yo dispusiese para que pudiese partir con mis hijos, en lo que consentí. Pero antes de la salida me condujo mi ayuda de cámara al lugar en donde estaba depositado el talego, el que hice llevar á mi despacho, habiéndome retirado á mi cuarto para entregarme á las mas amargas reflexiones. Atormentado me paseaba cuando oí correr con precipitacion en el jardin, y vi que mis dos hijos se dirigian con afan al lugar de donde habia sacado el talego. Pasé á un gabinete, desde donde me era mas fácil observar sus movimientos. ¡Cuál fué mi sobresalto y mi indignacion cuando los ví bajarse y

buscar en el lugar mismo en que se habia ocultado el talego! Llamé inmediatamente al ayuda de cámara y le dije lleno de horror: «no me engañaste, mira á mis hijos que buscan el robo, mírales.» Este hombre sin alterarse y con sangre fria me respondió: «yo siempre os dije la verdad.» Mandéle que dispusiese cuanto antes su viage y que les dijera que no les queria ver.

Despues que hubieron salido vino mi criado muy triste; preguntéle la causa, y me respondió que lo que mas habia sentido y que mas le afligia para lo sucesivo era el haber visto que mis hijos recibian con serenidad mi órden, y que no sentian ausentarse de la casa de su padre. Yo soy vivo, y me dejé arrebatar; escribí inmediatamente á mi amigo que sin mi órden jamás dejase salir á mi hijo ni á mi hija, y que ciñese sus asistencias á mil ducados. No le manifesté mis pesares interiores; mis hijos me escribian de cuando en cuando

## FOLLETIN.

### CUATRO CONTRA UNO.

POR

Constant Gueroult.

(Continuacion.)

El señor duque de Asber, nuestro tio, posee una fortuna de diez y seis millones; vos la ambicionais y nosotros tambien, resta saber quien triunfará. Nuestra mision, señora, es decir os que esa cuestion tan importante queda resuelta: esa fortuna nos pertenece.

—Al menos, señores, si no me caso con el señor de Asber.

—No os casareis, señora.

—Estais bien seguros en lo que decís?

—Segurísimos, señora, respondió d' Alauze con un tono solemne, por que acabo de llegar de Aranjuez.

—Si acabais de llegar de Aranjuez, replicó tranquilamente la condesa de Capmas, será por que habeis preferido la España á la Normandia, y todo eso no prueba mas que sois un hombre de gusto.

—Y no veis otro motivo en esta preferencia, señora?

—No comprendéis que he ido espresamente á Aranjuez para adquirir antecedentes sobre vuestro origen, y me han informado minuciosamente.

—Es cierto? y qué os han dicho de mí las malas lenguas del pais?

—Una cosa que os parecerá muy estraña, señora; las malas lenguas del pais dicen que en Nápoles llevábais la vida de *lazzarone*.

La señora de Capmas sonrió con indolencia, sus adversarios se quedaron estupefactos; habian creido aterrarla con aquella revelacion.

—Estoy persuadida, dijo la condesa con el mayor aplomo, que vos habeis tenido todo eso por una calumnia.

—Ay de mí! señora, contestó d' Alauze, por tal la tenia, pero vencieron mi incredulidad presentándome pruebas evidentes.

—Con que ha sido necesario todo eso? Ya comprendo...

—Ya veis, señora, dijo Julio de Betz con un tono de la mas grande satisfaccion, que